



**PRESENTACIÓN DE
*RETRATOS Y PERFILES***

Madrid, 19 de abril de 2005

Quiero agradecer a todos su presencia en este acto de presentación de un nuevo libro. El segundo que tengo el gran placer de publicar en Editorial Planeta.

Y quiero por eso comenzar dando las gracias a José Manuel Lara por su presencia y sus palabras. Como autor, no puedo estar más satisfecho del editor con el que trabajo. Me deja hacer, me ayuda y vende muy bien mis libros. No sé si ustedes se acordarán de una anécdota que pudo verse por televisión hace muchos años. Uno de los más conocidos humoristas españoles [José Luis Coll] se dirigía a José Manuel Lara padre y le decía: “Este libro, que tanto me ha hecho ganar a mí y tantísimo a mi editor...”. Bien, así es. Y me parece muy bien. Ojalá nos dure a ambos. Por mí no va a quedar.

Bromas aparte, querido José Manuel, sólo espero que estés tan a gusto con tu autor como lo estoy yo con mi editor y con todo el gran equipo que presides, que ha hecho un trabajo magnífico con el libro anterior y lo está haciendo ya con éste. Durante el último año he experimentado en qué consiste eso que se llama “ser un autor de éxito”, y no me ha disgustado nada. Que 130.000 personas se hayan acercado a una librería a comprar lo que uno ha escrito es algo que da mucha alegría y que anima a continuar. Lo haré, continuará.

César Alonso de los Ríos ha hecho una presentación de mi libro que le agradezco muchísimo. César es uno de los analistas de la actualidad más perspicaces y honestos de nuestro país. Una verdadera referencia diaria para cientos de miles de lectores. También un ejemplo de independencia y criterio personal. Lo que

ha dicho esta tarde de mí es fruto de una amistad que yo valoro extraordinariamente. Le agradezco mucho sus palabras de hoy, tanto como sus columnas, que nunca dejo de leer.

Este libro no habría sido posible, al igual que el anterior, sin la ayuda de José María Marco. José María es un gran amigo, y además es persona paciente, sobre todo conmigo. Pero sobre todo eso, José María Marco es uno de los mejores observadores con que cuenta España. Lo es cuando escribe sobre Historia, sobre política, o sobre Cultura. Para mí es un orgullo contar con su colaboración. Gracias, José María.

Y también quiero añadir un agradecimiento más. Quiero darles las gracias a los periodistas y profesionales de los medios de información, muchos de los cuales están hoy aquí. Les doy las gracias por seguir tan pendientes de mí, para mi gusto quizá en exceso. Les agradezco también que sigan pidiéndome entrevistas, que nunca acepto, salvo que me lo prescriba mi editor. Al final, al cabo de los años, he aprendido que las relaciones entre periodistas y quienes son o hemos sido políticos son relaciones difíciles. Y es mejor que sean así: abiertas y críticas. Porque cuando políticos y periodistas se ponen de acuerdo bajo la mesa, mala señal. Eso significa que el público se va a quedar sin saber algo que seguro que le interesaría conocer.

Hoy es un día importante para mí. Presento esta obra justo el día en que se cumplen diez años desde que el 19 de abril de 1995 la banda terrorista intentó asesinarme. No lo consiguieron. Ni tampoco consiguieron que ni yo mismo ni mi partido dejáramos de ser

enemigos completos de los terroristas. Los únicos enemigos a los que reconozco como tales.

Lo único que consiguieron es asesinar a una persona, Margarita González Mansilla, cuya vivienda sufrió los terribles efectos de la explosión y que quedó sepultada bajo los escombros. Varias personas más resultaron heridas. A todos ellos y a sus familias les dedico hoy mi recuerdo y mi afecto.

En lo estrictamente personal, he de decirles que este aniversario no es una fecha de tristeza. Al revés: lo que siento es, sobre todo, una inmensa alegría de vivir.

Los diez años que han pasado han sido los más intensos de mi vida. Es cierto que he vivido momentos tristes, algunos muy duros. Pero, sobre todo, he vivido una experiencia extraordinaria al frente del gobierno de la nación del que sólo puedo estar responsablemente orgulloso. He vivido en una familia maravillosa, que recientemente se ha ampliado con nuestro primer nieto y, en resumen, he alcanzado la mayor parte de los objetivos que he ido marcándome como ser humano.

Hace un año dejé la presidencia del gobierno. Como todos ustedes saben, la decisión de no presentarme a las elecciones venía de mucho tiempo antes. Yo ya me imaginaba que había vida fuera de La Moncloa. Ahora lo he constatado empíricamente. Hay mucha vida, muchas cosas que hacer y, por qué no decirlo, mucha felicidad en las muchas actividades que he emprendido en estos meses.

Y entre las cosas a las que me he dedicado ha sido a este libro. Estas páginas son una colección de retratos y perfiles de algunas de las personas más importantes en mi vida privada y política. También recojo mis reflexiones sobre unos pocos episodios igualmente relevantes.

Comienzo el libro con algunas de las personas más cercanas a mí. Mi abuelo, mi padre y mi mujer. En estos tres capítulos intento explicar cómo transcurrieron mi infancia y juventud y –quizá lo más significativo– qué valores y principios me transmitieron mis mayores. Los mismos que tanto Ana como yo hemos intentado trasladar a nuestros hijos.

En las páginas que dedico a Manuel Aznar Zubigaray, a Manuel Aznar Acedo y a Ana Botella les quiero demostrar mi agradecimiento y cariño por lo mucho que me han dado. Son, en cierta manera, las páginas más personales y donde, a pesar de un inevitable pudor, hablo más de mi vida privada. Espero haber sabido transmitir lo que quería.

Continúo la obra hablando del partido al que he dado no sé si los mejores, pero sí la mayor parte de mis años de vida. Dedico un capítulo a hablar de su sede nacional en la calle Génova de Madrid y otro a su presidente fundador, Manuel Fraga.

Quienes me conocen saben que para mí, mi partido es más que importante. Por eso en el libro he querido recordar el que fue mi principal empeño cuando estuve a su frente. Hacer del PP un partido de centro, abriéndolo aún más a la sociedad, recogiendo a

personas importantes que antes habían militado en otros partidos, y sobre todo dándole a muchos ciudadanos una referencia política que ellos estaban buscando. No fue un proceso nada fácil. Había muchos, dentro y fuera del PP, que no compartían mi inclinación por el centro político. Otros, en cambio, se confundían pensando que el centrismo es algo así como seguirle la corriente a la izquierda. Yo pensaba –y sigo pensando- que es más bien al contrario.

El centro reformista –la definición política que propuse para los Estatutos del PP en 1999– es la conciencia clara de que las ideas de la libertad son superiores a las ideas del socialismo. Superiores por sus resultados, pero no sólo eso. También moralmente superiores, y por eso las defendemos quienes creemos en ellas.

El centro moderado, reformista y liberal es la mejor opción para España. Lo fue cuando estábamos en la oposición hace quince años, lo fue cuando gobernábamos, y sigue siéndolo ahora. Ese centro fue capaz de denunciar el abuso y la corrupción cuando existieron. Fue capaz de atraer a cada vez mayor número de personas hacia nuestras ideas. Fue capaz de gobernar para todos, respetando las instituciones y el consenso básico de la Transición, hoy gratuita y lamentablemente deteriorado. Es el centro que ahora se ha quedado sólo defendiendo lo obvio: que España es plural, pero es una Nación unida que quiere seguir siendo una Nación unida. Es el centro que nunca podrá estar de acuerdo con el Presidente del Gobierno cuando éste dice que defender la vigencia de la Constitución es cosa de fundamentalistas, como si la Constitución no fuera lo único que defiende nuestra Libertad.

Ese es el centro político, devoto de la libertad, que ha triunfado en Europa y en el mundo. A esa forma de pensar le dedico un capítulo del libro que toma como punto de partida un episodio vital para mi concepción ideológica: el derribo del muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989. Esa Revolución de la Libertad cuyo decimoquinto aniversario hemos conmemorado este año. Y por eso también le dedico algunos capítulos a los principales protagonistas del derribo del muro a los que he tenido la fortuna de conocer: Juan Pablo II, Margaret Thatcher, Vaclav Havel y Helmut Kohl. Con todos ellos comparto muchas cosas. En algunos casos, una amistad personal. En todos ellos un mismo amor por la libertad individual y un mismo sentido de la responsabilidad a la hora de defender ideas, principios y valores. Leído ahora, puedo decirles que el capítulo del que me siento más satisfecho es el que dediqué a Juan Pablo II. Ojalá la Iglesia continúe por la senda que él trazó.

Durante nuestros años de gobierno quisimos que España avanzara como país, que nuestros ciudadanos avanzaran en su bienestar. Por supuesto que éramos ambiciosos, y queríamos alcanzar nuestras ambiciones mediante pasos firmes y concretos.

Si pudimos entrar en el euro, a pesar de que casi todos apostaban que no lo conseguiríamos, fue porque pusimos nuestro empeño y nuestra voluntad en ello. Pero no sólo eso. Es que optamos por unas políticas que se demostraron adecuadas.

Aquello no fue una simple cuestión de prestigio como país, que también. Fue ante todo una fuente de oportunidades para millones

de españoles, que por fin encontraron un empleo, y empleo en mejores condiciones.

Y sabíamos que muchas de las decisiones que afectaban a nuestro bienestar se tomaban fuera de nuestras fronteras. Por eso teníamos también la ambición de poder influir en el mundo, de poder ser parte de esos complejos procesos de toma de decisiones. Teníamos intereses que defender. Pero también convicciones.

Sabíamos dónde queríamos estar. En la Europa libre y avanzada. Sabíamos que por desgracia España tiene riesgos, y por eso quisimos tener los aliados mejores y más poderosos.

En este libro hablo de numerosas personas, dirigentes políticos de varios países, a los que he conocido en estos años. Creo que es indispensable que un gobernante tenga verdadera capacidad de relación con personas tan diferentes en tantos aspectos como George Bush, Jacques Chirac, Muammar al-Gadafi o Fidel Castro. Y creo que hay que tener esa capacidad de relación y de contacto personal sabiendo que una cosa son las relaciones internacionales y otra muy distinta el decir siempre que sí a todo.

Nosotros tuvimos que decir algunas veces que no. Lo hicimos porque queríamos conseguir las mejores condiciones para nuestro país. Fue el caso de las duras negociaciones de los fondos europeos en Berlín en 1999. Hubo que poner alguna cara seria, pero finalmente alcanzamos los objetivos que nos habíamos propuesto y eso tuvo una importancia grande para los españoles.

Otras veces dijimos que sí. Porque se trataba de defender los valores más importantes para nosotros. Por eso estoy orgulloso de haber estado en las Azores con George Bush, Tony Blair y José Manuel Durao Barroso. Tres grandes políticos y tres buenos amigos. A todos ellos les dedico capítulos del libro, como también explico en qué consistió aquella reunión de marzo de 2003. Estoy convencido de que hoy millones de iraquíes viven mucho más cerca de la libertad gracias a aquellas decisiones. Y creo que serán aún más porque el efecto contagioso de la libertad y la expansión de la democracia en Oriente Medio van a continuar.

Y va a continuar a pesar de que se cierne sobre ella una amenaza terrible. El mayor peligro que todos corremos hoy en día. El terrorismo.

En España sabemos bien qué es el terror. Yo lo conozco bien. En mi partido lo conocemos muy bien.

En este libro hablo no sólo del atentado que pudo haberme costado la vida, sino de personas muy queridas que sí la perdieron a manos de los terroristas. Hablo de Gregorio Ordóñez, de Miguel Ángel Blanco, o de las víctimas del 11 de marzo del pasado año.

Las vida y la muerte de estas personas son para mí el ejemplo de que hay causas por las que merece la pena trabajar con todo el esfuerzo y todo el sacrificio.

Cientos de personas han dado en estos años su vida por la libertad de todos. Los han matado para que el resto desistiéramos de luchar

por sus mismas ideas. Y en la mayor parte de los casos lo que han conseguido ha sido que hubiera todavía más gente comprometida y más gente saliendo a la calle para decir en voz alta, aunque siempre serena y digna, que no se iban a callar. Iban a continuar denunciando el terror aunque supieran que haciéndolo ponían en riesgo su vida y la de sus familias.

El terrorismo es el peor totalitarismo de hoy en día. Su única obsesión es imponernos sus ideas. Quieren el poder a toda costa. No vacilan en destruir cuanto se les ponga por delante. En causar el mayor daño posible. Lo hacen cada día en muchos lugares del mundo. Durante años lo han hecho en España, con más de mil muertos.

Siempre he tenido muy claro que no podíamos ceder ni un milímetro ante el terrorismo. Por doloroso que fuera no hacerlo, como ocurrió en aquellos terribles días en que Miguel Ángel Blanco estuvo secuestrado. Si hubiéramos cedido a los terroristas, habrían tardado muy poco en volver a secuestrar a alguien con un nuevo chantaje. No lo hicimos y lo que ocurrió fue la mayor demostración de desprecio popular hacia los asesinos.

De la misma manera decidimos que los terroristas no podían estar en las instituciones. Y aprobamos en el Parlamento, con un amplísimo respaldo, una nueva Ley de partidos. Aplicándola, el Tribunal Supremo declaró ilegal al partido del terror. Desde entonces no habían podido presentarse a unas elecciones y las instituciones han ido quedándose libres por fin del chantaje.

Eso había ocurrido hasta el pasado domingo. En el nuevo Parlamento Vasco los terroristas volverán a tener representación. Y nadie puede llamarse a engaño. Todos lo sabíamos. Sabíamos a quiénes representaban desde el mismo momento en que la banda pidió el voto para ellos. Sabemos quiénes son y qué piden. Y sabemos también qué se ha dejado de hacer para que de nuevo vayan a ocupar escaños parlamentarios.

Esto es gravísimo. Y es un tremendo paso atrás en lo que habíamos conseguido hasta ahora.

Ahora vendrá el momento en que nos explicarán que todo es diferente de lo que parece. Nos explicarán que el nuevo Plan va a ser distinto del que ya conocemos, aunque su consecuencia sea similar. Nos explicarán que lo mejor para todos es aceptar lo que hasta no hace tanto sólo propugnaban los nacionalistas más extremos.

Y frente a todo eso sólo quedará la alternativa del sentido común, que no se mide por el número de partidos que la integran, sino por el de ciudadanos que se ven reflejados en ella. Por encima de la superficie agitada hay corrientes de fondo, y yo estoy convencido de que prevalecerá la corriente democrática y libre de quienes se identifican con la España moderna y avanzada, y no con la España enfrentada de un pasado que parecía superado.

Los capítulos finales del libro están dedicados a algunos amigos que no están en la política. Personas que con su esfuerzo, con su dedicación y trabajo, han triunfado en sus diferentes ocupaciones.

Les admiro por ello, y además me han proporcionado enormes satisfacciones personales. Por eso quise retratar a personas como Mario Vargas Llosa, Camilo José Cela, Eduardo Chillida, Alfredo Di Stefano, Julio Iglesias o Plácido Domingo. Son parte de mi modesto universo personal, como todo lo que escribo en este libro.

El otro día un periodista escribía en un comentario sobre el libro que, al final, es más bien un retrato de su autor. Y tiene bastante razón. Es inevitable: en “Retratos y perfiles” aparece mi visión particular de muchas personas importantes.

Creo que –mirando con cierta perspectiva mi trayectoria– he sido y soy un privilegiado. Una persona que ha conseguido la mayor parte de sus objetivos. Si quieren decirlo así, he tenido éxito. En lo puramente personal, todo. En mi actividad profesional y pública, mucho. Más del que nunca esperé conseguir.

Al principio de mi intervención agradecía a varias personas sus palabras, su presencia y su colaboración. Por supuesto, les reitero mi agradecimiento. Pero me gustaría ampliarlo. Este libro se lo debo a todas las personas cuyos perfiles trazo en sus páginas. Todas ellas, todas, me han aportado algo. Cuando menos, motivos para reflexionar. En su mayoría, su calidad humana y política.

Espero que todos aquellos de ustedes que se acerquen a las librerías a comprar esta obra no se vean defraudados. He puesto en ella muchas horas de trabajo y un gran interés por reflejar fielmente mis puntos de vista. En todo caso, ustedes juzgarán.